



LA PERSONA QUE LLEGA
SIEMPRE ES
LA PERSONA CORRECTA



Fue plantar mis pies en Varanasi y perderme por sus callejones entre cambistas, pícaros de bazar y otros moribundos. Los rostros de la gente me parecían difusos, sin rasgos. Todo era una confusión de *rickshaws*, vendedores ambulantes y cabras extrañadas. Y, cada poco tiempo, los cortejos fúnebres: cuatro porteadores, una camilla de bambú y, sobre ella, un cuerpo cubierto por sudarios blancos y guirnaldas de caléndula. La muerte se inmiscuía en los asuntos de la vida. Los cadáveres molestaban. Las familias de los difuntos se abrían paso a empujones entre la marabunta. Era su muerto, pero solo era otro muerto.

Los recién llegados hacíamos reverencias a las comitivas y nos mirábamos como se miran los niños y los perros: de verdad, ingenuos y, tal vez por eso, esperanzados. Nunca me había imaginado así, agonizante. Pero, bien pensado, ¿quién no lo está? Moribundo es cualquiera porque todos empezamos a morir cuando nacemos. La angustia siempre está, aunque la conciencia de que todo se acaba sobreviene al final.

Llegar a morir a una ciudad no es como ir de visita, peregrinación o viaje de recreo. Nadie te espera. Nada es urgente. Tú tampoco eres casi nada. Temblaba, pero no hacía frío. Estaba allí, aunque me advertía ausente. Me sentía en trance, flotando entre dos orillas, como si nada de lo que sucediera alrededor fuera realmente conmigo.

Lo único que me obsesionaba era dejarlo todo bien atado. Veía descender por el Ganga barcazas colmadas de madera fresca. ¿Cuánta leña precisaría yo para arder? Imaginé mi cuerpo frío sobre el platillo de una balanza romana. Medía menos de

cinco pies y mis huesos eran ligeros. Como mucho, necesitaría setenta libras. Eso, siempre que los troncos fueran de sándalo. Los leños de mango son más baratos, pero se agrietan al secarse y no sirven. Yo estaba allí para alcanzar la liberación, no para hacer las cosas de cualquier manera. Madera de sándalo, entonces. Un haz de setenta libras, debí de murmurar con la lengua seca, pegada al paladar.

—Para eso le harán falta miles de rupias —me sobresaltó una voz.

Levanté la cabeza o, tal vez, no. Estaba la multitud, pero no vi a nadie, apenas rastros difuminados, contornos a medio hacer o casi desdibujados. Me palpé los pliegues del sari. Prendidos de un alfiler, conservaba remetidos algunos billetes, los justos para acabar mis últimos días en la ciudad. «Miles de rupias», seguí pensando, y las grietas de la frente quizá revelaron mi estupor porque la voz inesperada quiso sonar más congruente.

—Es la oferta y la demanda. El negocio de la muerte.

Sentí una bofetada de calor. El pecho sin fuelle, vacío y contraído como un armonio olvidado. «Miles de rupias», me repetí. A veces las palabras resuenan tan hondas como un castigo o una invocación. Y tuve prisa por primera vez. Antes la vida no me había dado motivos. ¿Para qué tener hambre cuando no había nada que comer? ¿Por qué esperar en vela a mi Ranjit, si llegaría a casa borracho? ¿Qué ansia iba a tener por que amaneciera, si todo volvería a empezar de nuevo?

La misma voz insistió:

—También necesitará a alguien de confianza.

Hay una risa, torpe y nerviosa, que nace de la angustia. Para qué quiero a alguien para morir, estuve a punto de contestar, pero la voz se me adelantó:

—Para morir se bastará sola. Digo para después.

No entendí la advertencia, pero tampoco me importó. Lo

que yo necesitaba era un trabajo y estaba dispuesta a implorarlo, pero aquella voz y aquel rostro volvieron a fundirse con la muchedumbre hasta componer una aleación espantosamente humana.

El aire era un fuego denso y húmedo. «¿Qué sabes hacer?», parecían interpelarme otras bocas y otros ojos que se desgajaban de la amalgama humana al calor de mi desesperación. Eran gritos proferidos en lenguas que no conocía. Preguntas amenazantes que surgían detrás de una pirámide de especias o a bordo de un carricoche. ¿Qué sabes hacer? El aullido de un perro enfermo, el estribillo de una canción. ¿Qué sabes hacer? Miradas inquisitivas, el azote acuoso del monzón.

La sangre me percutía las sienes. La frente, perlada de sudor. Caminaba errática, angustiada por el clamor de la calle y mis propias lucubraciones. Hasta la muerte todo iba a ser vida. Siempre habría una batalla que librar, algún tributo que pagar, un esfuerzo más antes del último descanso. «¿Qué sabes hacer?», me pregunté yo también, y noté caer sobre los hombros el peso de la evidencia. Ya nada importaba nada. En aquellas circunstancias, todo lo que había aprendido no tenía valor.

Nací de los pies de Brahma porque mi padre nació de los pies de Brahma. Siempre atendí mis deberes y nunca me dejé arrastrar por la pasión. De niña, era obediente y hacendosa. Solo rondaba la escuela cuando mi madre me dejaba, algunas mañanas, antes de trabajar en los campos de arroz: «Ándate con cuidado, hija», me advertía. «Como te descubran, tendremos problemas las dos». Recuerdo que esperaba a que las alumnas entraran en clase para ponerme de cuclillas, con la espalda apoyada sobre el muro exterior. La ventana que daba al canal arrojaba canciones sobre animales, la cosecha y el monzón. La otra, la que se abría al camino, era como una enorme boca de juglar que declamaba versos de Sri Krishnadevaraya y de la *Bhagavad-gita*. Luego

aprendí a recitar algún veda, cosa de brahmanes, pero ¿de qué me servía eso ahora? En Varanasi valía menos que el sari blanco que envolvía mis huesos. En la ciudad no había bancales de arroz. Nadie me permitiría ordeñar ni a su búfala más infértil. Tenía prohibido acudir al depósito de agua con una tinaja en la cabeza y cantar *bhajans* antes de la salida del sol. Solo era una viuda y estaba abocada a hacer cosas de viuda: hurgar entre las barreduras en busca de alguna vaina vacía; limosnear a la salida del templo de Vishawanath; como mucho, trenzar collares de jazmín para vendérselos a los turistas a escondidas.

«Si hubieras llegado a la ciudad más joven, te habrías podido ir por ahí con algún extranjero con dinero», me han dicho alguna vez en el *ashram* de Bhagini. Otras viudas lo repiten así, con condescendencia, compadeciéndose de que todas hayamos dejado escapar lo único que podía esperarse de nosotras. Pero yo no soy así. Nunca anduve con más hombre que mi marido, ni cuando lucía filigranas de plata y pulseras de colores. Y menos me imaginé con nadie después. Antes que *shudrá* soy una mujer decente. Una viuda sufre hasta que muere, comedia y casta como el primer día. Una esposa que permanece así tras la muerte de su esposo va al cielo. Una mujer infiel vuelve a nacer en el vientre de un chacal.